

to continuo corrió lleno de gozo á presentarlas á su amo.

La entrevista de Erfurt habia tocado á su término: los dos emperadores estaban de acuerdo, y sobre todo aparentaban estarlo. Alejandro creía haber logrado, por fin, la posesion de la Valaquia y la Moldavia: Napoleon creía poder contar con el jóven emperador, lo bastante al menos para que ninguna coalicion fuese posible, y para no tener nada que temer del Austria hasta la primavera próxima. Creía ademas, que era muy factible el que naciese la paz de aquella estrecha alianza, públicamente proclamada entre las dos mas grandes potencias del Universo. Habia conseguido que las relaciones desagradables del suceso de Bailen, tema constante de las conversaciones en toda Europa, fuesen substituidas con la narracion maravillosa de la asamblea de reyes habida en Erfurt. Los dos monarcas se hallaban enteramente contentos uno de otro, y habia fundadas esperanzas de que se agregase algun dia una union mas dulce á la union puramente politica que á la sazón les ligaba. Decidióse, pues, que el 13 seria dedicado á la intimidad, el 14 á la separacion, y que se emplearian estos dos últimos dias en multiplicar las demostraciones, y en colmar de regalos á los servidores de una y otra corte. Considerando que Mr. de Tolstoy manifestaba demasiado en París la actitud y los hábitos de un soldado, Alejandro habia convenido en reemplazarlo con el anciano principe Kourakin, cortesano obsequioso, incapaz de indisponer á su amo con Napoleon, y embajador actualmente en Viena. Convino ademas, en que, para seguir de mas cerca las negociaciones con la

Inglaterra y retardar lo menos posible los pasos que debian darse con la Puerta, se dirigiria tambien á París el mismo Mr. de Romanzoff á fin de recibir las contestaciones, y replicar á ellas sin otra dilacion que la del tiempo necesario para que fuesen y volviesen de Londres á París. Napoleon redactó en Erfurt y escribió de su puño y letra la carta, que firmada por los dos emperadores, debia dirigirse mancomunadamente al rey de Inglaterra y las notas que debian apoyarla, para prevenir asi toda demora.

Mr. de Tolstoy se hallaba en Erfurt. Napoleon quiso que desde allí mismo cesase en sus funciones de embajador, y para despojar de toda apariencia de desgracia la revocacion de aquel diplomático, le colmó de las mas lisongeras demostraciones, y le regaló toda la porcelana de Sevres y las alfombras de los Gobelinos que habian adornado el palacio que habia habitado en aquella ciudad. Ademas, colmó de presentes y de condecoraciones á toda la comitiva de Alejandro. El emperador de Rusia, mostrándose no menos munificente, confirió el cordon de San Andrés á los principales personajes de la corte de Napoleon, y prodigó entre ellos los retratos, las tabaqueras y los diamantes.

El unico personaje, á quien no alcanzaban todas estas distinciones, era el representante del Austria Mr. Vincent. A pesar de los esfuerzos inauditos que éste hiciera por descubrir el secreto de la entrevista de Erfurt, no pudo lograrlo. Cuanto habia conseguido saber era, que ambos emperadores se habian dado reciprocas pruebas de amistad, y que los principios de su alianza se habian consignado en un tratado formal: ignoraba,

empero, el secreto de las adquisiciones otorgadas por unos á otros, así como el de las negociaciones que iban á entablarse, y suponía que se había hecho mucho más de lo que se hizo realmente. El emperador le concedió la audiencia de despedida, y, renovándole en ella sus finas atenciones, le repitió que el Austria no tendría participación en los asuntos europeos, mientras que pareciese animada del deseo de recurrir á las armas, y le encargó de poner en manos del emperador la siguiente carta, en la cual se expresaba todo su pensamiento:

«ERFURT 14 de octubre de 1808.

«Mi hermano y señor: Doy á vuestra magestad imperial las gracias por la carta que ha tenido á bien dirigirme por conducto del señor baron de Vincent. No he dudado ni por un momento de las rectas intenciones de vuestra magestad, así como no he temido ni siquiera por un instante que sereno las hostilidades entre nosotros. Hay en Viena un partido ó una facción, que aparenta tener miedo para precipitar á vuestro gabinete en la adopción de medidas violentas, las cuales serian origen de mayores desgracias que las que ya han ocurrido. He tenido en mis manos la ocasión de desmembrar la monarquía de vuestra magestad, ó cuando menos la de reducir su poder, y sin embargo, no he querido hacer ni uno ni otro. Lo que vuestro es en el día, lo es con mi beneplácito. Y ved aquí la mas evidente prueba de que vuestras cuentas estan saldadas y de que ya nada exijo. Hállome constantemente dispuesto á garantizaros la inte-

gridad de vuestra monarquía. Jamás haré nada en contra de los principales intereses de vuestros estados; pero es preciso también que vuestra magestad no ponga á discusión lo que quince años de guerra han terminado. Vuestra magestad debe prohibir toda proclamación y toda exterioridad que pueda provocar la lucha. El último alistamiento general en sus estados la hubiera producido sin duda alguna, si me hubiera sido posible temer que un alzamiento y unos preparativos semejantes fuesen combinados con la Rusia. Acabo de licenciar las tropas de la confederación. Cien mil hombres de las mías van marchando hácia Boloña, á fin de renovar mis proyectos contra la Inglaterra. Absténgase, pues, vuestra magestad de todo armamento que pueda causarme alguna inquietud, y de hacer nada en favor de la Inglaterra. Después que tuve la honra de ver á vuestra magestad y quedó concluido entre nosotros el tratado de Presburgo, debió serme licito creer que nuestros asuntos habian terminado para siempre, y que podía entregarme á la guerra marítima sin ser inquietado ni distraído. Desconfie vuestra magestad de aquellos, que, al hablarle de los peligros de la monarquía, perturban su tranquilidad, la de su familia, y la de sus pueblos. Con una conducta recta, franca, y sencilla, vuestra magestad hará á estos felices, gozará de una dicha de la que debe tener necesidad después de tantas turbulencias, y podrá estar seguro de encontrar siempre en mí un hombre decidido á no intentar jamás cosa alguna contra sus principales intereses. La mejor política en las actuales circunstancias es la de la sencillez y la de la verdad. Confíeme vuestra magestad sus inquietudes, cuando

llegue á concebir alguna sobre mi conducta, y yo me apresuraré á disiparla. Permitáme vuestra magestad, que añada una palabra mas á cuanto llevo dicho, á saber; que vuestra magestad escuche tan solo lo que le dicten su opinion y sus sentimientos, los cuales son superiores con mucho á los de sus consejeros.

«Ruego á vuestra magestad, que dé á mi carta una buena interpretacion, y que no vea en ella mas que un sincero deseo por el bien y la tranquilidad de la Europa y de vuestra magestad.»

A esta carta tan fina y tan arrogante al propio tiempo, Napoleon añadió de nuevo la peticion formal del reconocimiento del rey José, como un medio el mas seguro de hacer estallar las verdaderas disposiciones del Austria, de empeñarla en su sistema, ó de colocarla en una posicion embarazosa, de la cual la obligaria él á salir, ora por la paz, ora por la guerra, cuando le acomodase llevar las cosas al estremo.

Los soberanos, que habian acudido á Erfurt, fueron marchando sucesivamente de esta ciudad, despues de los dos emperadores. El 14 por la mañana, Alejandro y Napoleon montaron á caballo, y en medio de una multitud inmensa que habia acudido de todas partes, y por entre las tropas formadas en orden de parada, salieron de Erfurt, caminando uno al lado de otro, lo mismo que á su entrada en la ciudad. De esta manera, anduvieron juntos un largo trecho de camino; luego, echando pie á tierra, y abandonando sus caballos á dos palafreneros, pasearon reunidos por espacio de algunos instantes, dijéronse de nuevo y brevemente cuanto tantas veces se habian dicho ya sobre la

utilidad, fecundidad y grandeza de su alianza, sobre las simpatías que reciprocamente se inspiraban y sobre su deseo y su esperanza de estrechar los lazos que los unian, y en seguida se abrazaron con cierta emociion. Sin que sea esto decir que no hubiese en su amistad gran parte de política, de ambicion y de interes, puede muy bien asegurarse que no era solo cálculo lo que habia en este sentimiento. Los hombres, aun aquellos que mas obligados se ven al disimulo, no son nunca tan falsos, ni se hallan tan desprovistos de sensibilidad como imagina la malicia del vulgo, el cual cree hacer alarde de profundo saber, pensando mal en todo y por todo. Alejandro y Napoleon se separaron conmovidos, y se estrecharon las manos, alargándola desde lo interior de su carruaje el uno, y desde encima de su caballo el otro. Alejandro partió para Weimar y San Petersburgo, y Napoleon para Erfurt y París. Estábales reservado no volver á verse, y de cuantos proyectos formaron en la entrevista, ninguno debia realizarse!

Asi que Napoleon regresó á Erfurt, despidió á los príncipes y demas personajes que aun no habian marchado, y subiendo él mismo pocas horas despues á un carruaje, dejó otra vez sumida en la soledad y el silencio aquella reducida ciudad, á la cual habia llenado por breves dias de tumulto, de esplendor y de movimiento, para devolverla despues su pacífica oscuridad. Erfurt, sin embargo, será siempre célebre, como teatro donde se dió aquella gran representacion de las grandezas humanas.

Napoleon partió de Erfurt el 14, y llegó á Saint-Cloud el 18 por la mañana. La entrevista que aca-

baba de tener con el emperador Alejandro, habia correspondido á sus miras, puesto que el Austria quedaba contenida, al menos por el pronto, y le daba tiempo para hacer una campaña corta y decisiva en España. A las impresiones producidas por los acontecimientos de esta nacion, habian sucedido otras menos desagradables: la catástrofe de Bailen, muy sabida en Europa, y poco conocida en Francia, habiase olvidado en virtud del acontecimiento de Erfurt, del cual todos tenian noticia: y finalmente, era muy posible que, ante las fuerzas unidas de la Rusia y de la Francia, se intimidase la Inglaterra y consintiese en escuchar palabras de paz.

Inmediatamente que Napoleon llegó á Saint-Cloud, mandó dar curso al proyecto de negociaciones con la Gran Bretaña, prescribiendo al gefe de las fuerzas navales en Boloña, que embarcase de la manera mas ostensible á los dos mensajeros procedentes de Erfurt, designados como correos, uno del emperador de Rusia y otro del emperador de los franceses. El mensaje, de que eran portadores para entregarlo en poder de Mr. Canning, y el cual contenia una carta de los emperadores al rey de Inglaterra, ofreciéndole la paz en términos dignos al par que formales, llevaba escrito en su cubierta exterior, que iba dirigido por sus magestades el emperador de los franceses y el emperador de Rusia, á su magestad el rey de la Gran Bretaña. Los correos tenian orden de ir diciendo por todas partes, y por Inglaterra principalmente, que procedian de Erfurt, donde habian dejado á los dos emperadores reunidos, y que habian encontrado en el camino numerosas tropas que

marchaban en direccion del campo de Boloña. Napoleon queria hacer de esta manera que pesase exclusivamente sobre el gabinete de Lóndres la negativa de la paz, y herir al propio tiempo la imaginacion de los ingleses con la posibilidad de una nueva expedicion de aquel puerto.

El emperador de los franceses proponiase permanecer en Paris tan solo los dias necesarios para la ejecucion de sus últimas órdenes, y marchar en seguida para España, á fin de dirigir en persona las operaciones militares con aquella actividad y vigor peculiares suyos, de cuyas dotes tenia precision de hacer uso entonces mas que nunca, para quitar á la Inglaterra el recurso de la insurreccion española, y para tener mas disponibles sus ejércitos para en el caso de renovacion de hostilidades con el Austria, lo cual consideraba como muy posible para la primavera siguiente. Sus principales deseos, sin embargo, no eran otros que alejar esta crisis. Alarmar á la Inglaterra y tranquilizar al Austria, á fin de inspirar á la una pensamientos de paz, y quitar á la otra sus pensamientos de guerra, fué el doble motivo que dictó sus últimas disposiciones.

En su consecuencia hizo una nueva distribucion de las fuerzas que habia dejado en Alemania. Quitólas en primer lugar el titulo de *Grande Ejército*, y calificándolas con el mas modesto de *Ejército del Rhin*, confirió el mando de ellas al mariscal Davout, el mas capaz de todos sus mariscales para mantener y disciplinar un ejército. El cuerpo de ejército que mandaba el mariscal Soult fué disuelto, y este gefe recibió orden de dirigirse á España. De las tres divisiones que componian el total de las fuerzas del mariscal Soult, una, la divi-

sion Saint-Hilaire, fué agregada á las órdenes del mariscal Davout, cuyo cuerpo de ejército habia tomado el nombre de ejército del Rhin: las otras dos, que eran las divisiones Carra-Saint-Cyr y Legrand, fueron encaminadas sobre la Francia con direccion al campo de Boloña, pero muy lentamente, para que pudiesen retroceder en caso de necesidad y llegar pronto á lo alto del Danubio. Las divisiones Boudet y Molitor recibieron orden de marchar hácia Strasburgo y Lyon con direccion á Italia, pero sin perder la posibilidad de retroceder sobre Suabia y Baviera. El mariscal Davout con sus tres antiguas divisiones, Morand, Friand, y Gudiu, con la nueva division Saint-Hilaire destacada del cuerpo de ejército del mariscal Soult, con la excelente division de tropas escogidas al mando de Oudinot, con todos los coraceros, con un crecido número de caballería ligera, y un magnífico tren de artillería, recibió instrucciones para ocupar la izquierda del Elba, acantonando su caballería en Hannover y en Wesfalia, y su infantería en las antiguas provincias franconianas y sajonas de la Prusia. El mariscal Davout debia reunir al rededor de sesenta mil infantes, doce mil coraceros, ocho mil húsares y cazadores, y diez mil soldados de artillería é ingenieros, ó sea noventa mil combatientes, los mejores de todos los ejércitos franceses. Quedaban sobre las costas del mar del Norte seis mil franceses, y un número igual de holandeses al mando del príncipe de Ponte-Corbo. Las cuatro divisiones que regresaban á Francia, podian muy bien acudir á reforzar con cerca de cuarenta mil hombres, á las que estaban destinadas á operar en Alemania, con solo hacer un movimien-

to sobre la izquierda. En virtud de la organizacion que añadia un quinto batallon á todos los regimientos, y que obligaba á los batallones cuartos á reunirse á sus respectivos cuerpos, el número de las fuerzas mencionadas tenia que elevarse todavía hasta cerca de ciento ochenta mil hombres.

Merced á esta misma organizacion, todos los regimientos de Italia, los cuales tenian cuatro batallones reunidos en el cuerpo, debian formar un total de cien mil soldados, de los cuales pertenecian ochenta mil á infantería, doce mil á caballería, y el resto á artillería é ingenieros. Napoleon ordenó que se aprochasen los últimos dias del mes de octubre, para obligar á partir á los alistados antes del invierno, deseando que en Italia estuviese todo corriente para el mes de marzo. El ejército de Dalmacia, calificado hasta entonces con el título de segundo cuerpo del grande ejército desde que despues de la batalla de Austerlitz se separó de aquel y pasó á ocupar la mencionada provincia á las órdenes del mariscal Marmont, tomó á la sazón el nombre de primer cuerpo del ejército de Italia, y sus fuerzas ascendieron de este modo al número de ciento veinte mil hombres.

Asegurándose, pues, del Austria con la distribucion y direccion que Napoleon hizo nuevamente de sus fuerzas, hallábase ya en disposicion de obrar con arreglo á sus miras. Por otra parte, y á fin de alarmar á la Inglaterra, procuró que el movimiento de las dos divisiones Carra-Saint-Cyr y Legrand hácia Boloña se verificase con toda la posible ostentacion.

Napoleon dió al mismo tiempo las últimas órdenes para la composicion del ejército de España.

Dividiólo en ocho cuerpos, de cuyo mando en gefe se proponia encargarse, conservando como siempre al príncipe Berthier de mayor-general. El primer cuerpo del grande ejército, trasladado de Berlín á Bayona en fines de octubre conservó bajo el mando del mariscal Victor, el nombre de primer cuerpo del ejército de España. El cuerpo de ejército del mariscal Bessieres, pasó á ser segundo, y fué destinado á las órdenes del mariscal Soult. El cuerpo de ejército del mariscal Moncey fué calificado de tercero del ejército de España. La division Sebastiani, reunida con los polacos y los alemanes al mando del mariscal Lefebvre, tomó el título de cuarto cuerpo. El quinto cuerpo del grande ejército, á las órdenes del mariscal Morthier, y el cual se habia encaminado, en virtud de orden procedente de Erfurt, desde el Rhin sobre los Pirineos, conservó su rango numérico, tomando el nombre de quinto cuerpo del ejército de España. El que antes era sexto cuerpo del grande ejército, recién llegado de Alemania, compuesto siempre de las divisiones Marchand y Bisson, y mandado por el mariscal Ney, se llamó igualmente sexto cuerpo del ejército de la Península. Con algunos de los regimientos aguerridos trasportados á España, creóse para incorporarla á este último cuerpo de ejército, una tercera y excelente division, bajo el mando del general Dessoles, la cual debia hacer las fuerzas de aquel mas numerosas que lo que lo habian sido nunca. El general Gouvion Saint-Cyr, con las tropas del general Duhesme encerradas en Barcelona, la columna Reille, que proseguia en Figueras, y las divisiones Pino y Souham que habian venido desde el Piamonte al Rosellon, debia formar y

mandar el sétimo cuerpo del ejército de España. Junot, con las tropas que habian vuelto por mar de Portugal, armadas de nuevo, reforzadas y provistas de artillería y de caballería, formó el octavo cuerpo. El mariscal Bessieres recibió orden de ponerse á la cabeza de la caballería compuesta de catorce mil dragones y dos mil cazadores. El general Walther tomó el mando de la guardia imperial, cuyo número ascendia á diez mil hombres. Todas estas fuerzas componian una masa de ciento cincuenta mil hombres de tropas aguerridas, la cual, reunida á los cien mil que se hallaban ya al otro lado de los Pirineos, formaban con ella el enorme total de doscientos cincuenta mil combatientes. Véase, pues, á que esfuerzos se veia obligado Napoleon, por haber emprendido en un principio la invasion de España con un ejército muy poco numeroso y muy poco aguerrido.

De este refuerzo de ciento cincuenta mil hombres, cien mil al menos, que habian partido de Alemania ó de Italia en fines de agosto, se hallaban sobre los Pirineos á últimos de octubre, y formaban el primero, el cuarto, el sexto y el sétimo de los cuerpos de ejército, la guardia, y los dragones. El quinto á las órdenes del mariscal Morthier, que habia partido mas tarde que los otros, y el octavo á las del general Junot, que habia sido desembarcado recientemente por los ingleses en la Rochela, se hallaban todavía en marcha.

José entre tanto, segun hemos ya dicho, no habia cesado de imaginar y ejecutar falsos movimientos tan pronto sobre su derecha como sobre su izquierda, sin obtener otro resultado que una imitacion ridicula de las maniobras del emperador, el

de fatigar inútilmente sus tropas, y el de lograr que perdiesen toda confianza en la autoridad que las mandaba. Para coronar aquella triste campaña sobre el Ebro, habia proyectado, ó lo proyectaron otros por él, un movimiento ofensivo sobre Madrid, abandonando al azar las comunicaciones del ejército con la Francia, y dejando á Napoleon el cuidado de restablecerlas con el auxilio de los ciento cincuenta mil hombres que traia de Alemania é Italia. Napoleon no pudo menos de mostrarse compadecido de tan loca concepcion, y á este propósito le escribió, dándole lecciones en el arte del cual era el gran maestro, las cartas mas excelentes é instructivas, en las cuales le advertia ademas que permaneciese quieto en Vitoria, que dejase á los insurgentes de la derecha, al mando del general Blake, que avanzasen hasta Bilbao, y á los insurgentes de la izquierda, á las órdenes de los generales Palafox y Castaños, que avanzasen hasta Sangüesa, y hasta á un punto mas próximo, si lo tenían á bien, puesto que debiendo llegar él bien pronto al centro, hacia Vitoria, con una masa inmensa de fuerzas, podria caer sobre ellos, cogerlos por la espalda, derrotarlos, y terminar, como él decia, la guerra de un solo golpe. El mayor Berthier partió el primero para Bayona, á fin de organizar el estado mayor y designar su sitio á cada cuerpo para que Napoleon no tuviese que hacer otra cosa á su llegada, que dar las órdenes de movimiento. Después de verificar la apertura del Cuerpo legislativo con poco aparato, y de confiar á Mr. de Talleyrand la mision de recibir á los individuos de ambas asambleas, la de que se avistase con ellos, frecuentase su trato, y procurase dirigirlos por la senda tranquila y laboriosa que

seguian entonces; despues de remitir á Mrs. de Romanzoff y de Champagny el cuidado de conducir la gran negociacion entablada con la Inglaterra, Napoleon dejó á Paris el 29 de octubre para residir en Bayona. Sus parientes y allegados, y todos aquellos que tenian interes en que conservase su preciosa existencia, le vieron marchar con una especie de siniestra aprension hacia aquel pais de fanáticos, donde el general Gobert habia muerto de un balazo, dirigido desde un matorral. En cuanto á él, tranquilo, sereno, sin acordarse de esta bala, dirigida desde una emboscada, ni de los centenares de ellas que atravesaban el campo de batalla de Eylau, partió lleno de confianza, y abrigando la esperanza de afligir á los ingleses causándoles un descalabro humillante.

Antes de emprender la marcha, habia dado tambien sus órdenes á la marina. Obligado, empero, á renunciar á sus vastos proyectos marítimos, concebidos, cuando contaba con poder dominar la España sin dificultad alguna y hacerla concurrir á sus gigantescas expediciones, veíase nuevamente reducida á meros y simples cruceros. Habia, pues, espedido gran número de fragatas, á fin de que llevasen soldados y víveres á las colonias, y trajesen de retorno azúcar y café por cuenta del comercio. Habia ordenado ademas dos fuertes cruceros, uno á las órdenes del contra-almirante Lhermite, el cual partió de Rochefort con tres navios y algunas fragatas, y otro á las órdenes del capitan Troude, que, partiendo de Lorient con igual número de buques, debian tocar en la Guadalupe y la Martinica, desembarcar allí las tropas y los víveres que llevaban á bordo, cargar géneros coloniales, y ve-

rificar su regreso hácia Tolon. Prescribió, por último, á su escuadra de Flesingue que se diese á la vela en la primera ocasion favorable que se le presentára, á fin de dirigirse hácia el Mediterráneo, bien fuese por la Mancha, ó bien haciendo un movimiento al rededor de las islas Británicas. Napoleón no habia desistido de sus intentos de una gran empresa, antes de la conclusion de la paz, sobre la Sicilia, á fin de agregarla al reino de Nápoles. Murat acababa de apoderarse de la isla de Caprea, y Napoleón no desesperaba, por tanto, de ver reconstituido el reino de las Dos Sicilias, bajo la dominacion de aquel príncipe belicoso, secundado por la marina francesa.

Mientras que el emperador se hallaba en camino para España, las negociaciones, segun hemos dicho, debian continuar en ausencia suya, conducidas por Mrs. de Champagny y de Romanzoff, los cuales debian tambien tomar consejo de Mr. Talleyrand. Los correos, que habian partido de Boloña, lograron á duras penas penetrar en Inglaterra, en atencion á que los cruceros todos de la marina británica tenian las órdenes mas terminantes para no dejar pasar buque alguno parlamentario. Esto no obstante, un oficial de marina muy entendido, el cual mandaba el brick que llevaba á aquellos á su bordo, atravesó, sin que ninguno lograra darle caza, la línea de los cruceros ingleses, y fué á desembarcar á las Dunas. En este puerto opusieron al principio dificultades para admitir á los dos correos, y todo cuanto se pudo recabar, fué, que el ruso partiera á Londres reteniendo al francés en las Dunas. Este último tardó muy poco en obtener permiso para dirigirse á la capital, en virtud de una

órden de Mr. Canning. Ambos correos fueron tratados con las mayores consideraciones, si bien se les puso bajo la custodia de un correo inglés, el cual no los abandonó ni un solo instante, y á las cuarenta y ocho horas volviéronse á expedir á Francia con una mera acusacion de recibo para Mrs. de Champagny y de Romanzoff. en la que se les anunciaba que se enviaria despues la respuesta al mensaje de los emperadores.

El recibimiento desconfiado que se hizo á los correos, y las precauciones que se tomaron con sus personas, no indicaban, á decir verdad, desconfianza de entablar comunicaciones con el continente. Los ánimos; efectivamente, se hallaban asaz poco propensos á la paz al otro lado del estrecho. Aun cuando la nacion inglesa se habia mostrado hasta entonces dispuesta generalmente á aceptar las proposiciones de paz, siempre que se hacia alguna á su gobierno, y aun cuando maldecia constantemente de la obstinacion del gabinete en continuar la guerra, aquella vez, sin embargo, manifestaba pensamientos muy diversos. Esta diferencia en sus disposiciones procedia de varias causas. En primer lugar, si bien es cierto, que la guerra entablada, despues de lo de Tilsit, con todo el continente y con la Rusia en particular, la habia asustado tanto como en 1804, tambien lo es, que habia llegado á tranquilizarse, al ver que las consecuencias de aquella guerra general no eran tan graves como habia creído en un principio. Al presente ya no les quedaba enemigo alguno sobre su territorio, y dominando como dominaba el Océano, podia reirse de los esfuerzos de todos sus adversarios: y si bien es verdad, que el continente estaba cer-



rado para ello de un extremo á otro, no lo estaba en tales términos, que no pudiese introducir tanto por el Norte como por el Mediodía, y sobre todo por Trieste, abundante surtido de géneros. Por otra parte, los últimos acontecimientos de España le prometían inmensas ventajas comerciales, en el hecho de abrirle los puertos de la Península, y asegurándole la explotación esclusiva de las colonias españolas, las cuales se habían sublevado en masa contra el reinado de José. La Inglaterra se encontraba súbitamente con una vasta salida, y con la ocasión de tomar una brillante revancha de la insurrección de los Estados Unidos, apoderándose ó impeliendo á la independencia á las magníficas colonias españolas: de manera, que Napoleón en último resultado al obligar á la Rusia á declararse contra Inglaterra, no le había creado un nuevo enemigo; al paso que al cerrar á esta incompletamente los puertos del Norte, le había abierto los del Mediodía y todos los de la América del Sur. Además, la insurrección española hacia surgir sobre el continente un aliado para la Inglaterra, el cual era el único que había alcanzado sobre las tropas francesas alguna victoria, en todo el espacio transcurrido desde 1802. No hay pueblo alguno que se entusiasme mas fácilmente que el pueblo grave de la Gran Bretaña, y en aquella época lo estaba tanto con los insurgentes españoles, como la hemos visto entusiasmarse en nuestros días con los revoltosos de todos los países. El pueblo inglés admiraba la abnegación generosa, el incomparable valor de aquellos, y no considerando en la victoria de Bailen mas que el resultado material, sin detenerse en buscar la causa, llegaba hasta el extremo de decla-

rarlos, cuando menos, iguales á los franceses. El Austria, si bien aparentaba haber roto sus relaciones con el gobierno británico, le daba por bajo de cuerda señales inequívocas de inteligencia, hacia armamentos sin descanso, y segun todas las probabilidades, se estaba disponiendo para renovar la guerra contra la Francia. Las esperanzas de una nueva lucha, quizás de feliz éxito, renacían en todas partes, á juicio de los ingleses; de consiguiente, no era aquella época para ellos el momento oportuno de pensar en la paz, puesto que la condición mas indispensable para inclinar á los ingleses á ella, hubiera sido el que Napoleón hubiese logrado someter de un modo definitivo la segunda potencia marítima del continente; es decir, la España. Un nuevo incidente, por último, había venido en aquella época a enardecer los ánimos. La capitulación de Cintra era considerada como una debilidad indigna de los generales británicos. Al compararla con la de Bailen, y envidioso el pueblo de que no se hubiese obtenido sobre los franceses una ventaja tan completa como la que habían obtenido los españoles, á la par que sosteniendo que el general Junot se hallaba á consecuencia de la batalla de Vimeiro, en una posición tan falsa como aquella en que quedara el general Dupont á consecuencia de la catástrofe de Bailen, lo cual estaba muy lejos de ser cierto, se mostraba indignado de que se hubiesen concedido al general Junot condiciones, cien veces mas ventajosas que las que al general Dupont se habían otorgado, y lamentaba vivamente el que se le hubiese privado con semejante conducta del placer sin igual de ver desfilar sobre las márgenes del Támesis un ejército francés prisionero.

La irritacion que esto produjo contra el ministerio llegó á un extremo tal que se exigió la formacion de un tribunal superior para que juzgara á los generales ingleses victoriosos. El mismo Sir Arturo Wellesley estaba comprendido con Sir Hew Dalrymple en este asunto, si bien se tributaban al propio tiempo justos elogios á sus operaciones militares. Ciertamente, que cuando, en vez de murmurar como en otras ocasiones del encarnizamiento contra los franceses, se maldecia, por el contrario, de la estrema benignidad que se habia usado con ellos, la ocasion para entablar negociaciones sobre la paz, no podia ser mas inoportuna. El ministerio de Canning-Castlereagh, ultra-imitador de la política de Mr. Pitt, tuvo miedo de ser acusado mucho mas violentamente aun de lo que aquel lo fuera, si daba curso á las proposiciones pacificas. Asi es, que ya por una causa, ya por otra, habia ido fracasando sucesivamente todas las ocasiones de una reconciliacion con la Gran Bretaña: fracasó en primer lugar la que se ofrecia con lord Lauderdale en 1800, porque la Francia quiso entonces proseguir y acabar la conquista del continente, y la de 1807 despues lo de Tilsit, y la 1808 despues de la entrevista de Erfurt, porque la Inglaterra queria proseguir y acabar la conquista de los mares. Aunque la Inglaterra muy poco dispuesta á entrar en negociaciones, el gabinete británico no se atrevió á rehusar perentoriamente á la faz de su nacion y á la de la Europa entera el escuchar las proposiciones de paz. En su consecuencia, algunos dias despues, el 28 de octubre, respondió á Mrs. de Champagny y de Romanzoff por medio de un mensaje, que condujo á Paris un correo inglés.

Decíase en este mensaje, que, aun cuando la Inglaterra habia recibido hasta entonces diferentes proposiciones de paz, las cuales tenia razones sobradas para creer que no eran formales y sinceras, no rehusaria jamás el prestar oídos á proposiciones de este género, con tal de que fuesen honrosas para ella. Y en esta ocasion, renunciando á entrar en argumentos sobre la base de negociaciones, sobre la del *uti possidetis*, que dejaba poco lugar á la crítica, puesto que era la misma que el gobierno británico habia presentado en todas las épocas anteriores, hacíase consistir la honra y el deber para la Inglaterra, en que todos sus aliados fuesen comprendidos en la capitulacion, incluso los insurgentes españoles, á pesar de que ningun vínculo formal ligaba á estos con ella. Pero en defecto de un vínculo semejante, decíase, que un interes comun, un sentimiento de generosidad, y las numerosas relaciones ya establecidas con ellos, no le permitían dejarlos abandonados. Con esta condicion, Mr. de Canning se hallaba presto á nombrar los plenipotenciarios, y á enviarlos al punto que se quisiese.

El gabinete británico dudaba mucho, que pidiendo por su parte la admision de los insurgentes españoles á las conferencias que deberian abrirse para tratar de la paz, fuese posible entablar negociacion alguna, mediante á que entre Fernando VII y el rey José no habia transaccion imaginable. Uno y otro querian ó todo ó nada: ó Madrid, ó Valenzay.

Cuando Mr. de Romanzoff y Mr. de Champagny, recibieron esta respuesta, en la cual se acompañaban algunas excusas al primero, dicen-